Blanco y Negro
SEMANARIO DE ABC
19 DE MAYO 1991
ROCÍO
LA MAGIA
DEL CAMINO

Cazador de luz

Nacido en Sevilla en 1949, Ramón León cursó los estudios de Bellas Artes en su ciudad natal. En 1974 obtuvo la Cátedra de Dibujo en I.N.B. y desde entonces combina la docencia con la labor pictórica, vocación que no ha abandonado hasta el momento presente.

Apasionado por la fotografía, ha logrado en este campo importantes galardones como el primer premio del Concurso de Carteles de la Semana Santa de 1987, patrocinado por el Consejo General de Hermandades y Cofradías. En ese mismo año publicó su primer gran proyecto editorial, el libro «Rocío: Surcos de Luz», con el que ha cimentado su prestigio como uno de los más innovadores y aplaudidos fotógrafos andaluces.

A través del tamiz de su cámara, Ramón León nos transmite una visión personal del mundo que le rodea. La luz y el color constituyen los elementos esenciales de su universo fotográfico, captado con claros matices pictóricos y poéticos. Buena prueba de ello es su último trabajo sobre la Semana Santa de Sevilla, publicado en 1990 bajo el título «Sevilla, Templo de Luz».

Entre sus numerosos proyectos para el futuro, se encuentra la elaboración de un estudio fotográfico sobre la sugerente Alpujarra granadina, cuya edición ha despertado gran expectación en los medios culturales andaluces.

Reportaje gráfico: Ramón León

Reportaje

suele mostrarse un peculiar «calendario», que va registrando a diario los días que faltan para el Rocío; la misma copla popular lo expresa de manera rotunda:

«He contado los días
de uno en uno...»

En los días previos a la Romería existe en los pueblos de más tradición rociera la costumbre de ir anunciando diariamente, con el *tambor* del Rocío, que la salida hacia el Santuario de las Marismas es inminente: se recorren las calles del pueblo, desde el Jueves de Ascensión, al son de la gaita y el tamboril, que van creando la atmósfera propicia para iniciar el camino hacia la Blanca Paloma, con la tibia brisa de mayo, empapada de perfume del cantueso, romero, jara y almoradux, que transportan a los pueblos del Sur el indescifrable y suave «olor de la Rocina...».

Manuel ZURITA CHACÓN

Fue Juan Ramón Jiménez quien mejor supo captar la idiosincrasia de esta fiesta cuando escribió: «Vamos a esperar las carretas. Traen el rumor lejano del bosque de Doñana, el misterio del Pinar de las Ánimas, la frescura de Las Madres y de los Dos Fresnos, el olor de la Rocina...»

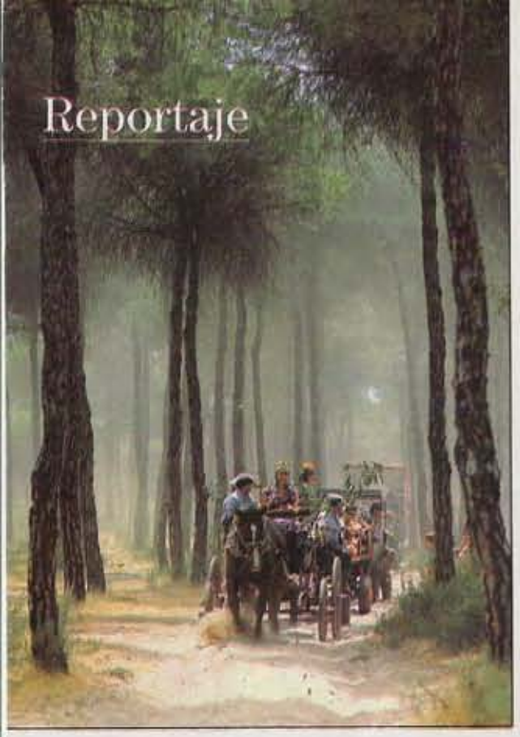
Para participar en la romería, es necesario ser «consagrado» en un ritual apócrifo que sólo se consigue al hacer el camino por primera vez. Bajo el sonido de las palmas y los tamboriles, los peregrinos preparan su encuentro místico con la Reina de las Marismas

lo preside; precisamente por este enraizamiento popular de lo religioso en el Rocío, es tan difícil pretender constatar una univocidad religiosa rociera, como mantener, a estas alturas, que el Rocío es una fiesta exclusivamente pagana.

La propia palabra *romero*, por tradición, designaba a aquel peregrino que caminaba a la capital de la cristiandad: Roma; etimológicamente, pues, la palabra romero viene de Roma. Por extensión y andando el tiempo, romero iba a terminar designando al que participa en una romería, especialmente, a aquel que forma parte entrañable de la misma, y, por tanto, peregrina en dirección al centro de las celebraciones romeras, que suele ser una ermita o santuario, enclavado fuera del elemento urbano, para lo que tiene que realizar un camino, que conlleva un cierto esfuerzo, aliviado por otra parte por la natural convivencia festiva.

Si ello lo aplicamos a nuestra Romería del Rocío, comprobamos cómo *rociero* es equivalente absoluto de *romero*, ya que todo rociero se configura como aquel que participa en la romería marismeña, en particular, como venimos diciendo, el que «hace el camino» y comparte de alguna manera la acendrada devoción por la Blanca Paloma.

Justamente en estos días primaverales se ultiman los preparativos para la Romería en todas aquellas poblaciones donde está implantada una Hermandad del Rocío; estos preparativos suelen abarcar todo el año natural que va de Rocío a Rocío. Así, en la mayoría de las corporaciones rocieras, la culminación del período anual llega junto con la Romería, y el «nuevo año» comienza apenas son desenganchadas las carretas; y así se puede comprobar costumbres tan curiosas como que el traspaso en el cargo de «Hermano Mayor» de una corporación rociera se efectúe el mismo Lunes de Pentecostés, delante de la Virgen a su paso por la Casa-Hermandad del Rocío, caso de Sanlúcar la Mayor; o bien en la siguiente festividad del Corpus, caso de Villamanrique de la Condesa. Asimismo, en locales públicos frecuentados por rocieros →



La Romería del Rocío pone en pie a toda Andalucía para rendir devoción a la Blanca Paloma en una pequeña ermita en Almonte (Huelva). Los romeros «caminan» por senderos polvorientos hasta culminar el encuentro con la Virgen del Rocío

loma de esta tierra es Santa María de las Rocinas, hoy, la Virgen del Rocío. Sobre esta imagen existe una no menos bella tradición oral, proveniente del medievo sobre el «hallazgo» de la Virgen en la chueca o hueco de un acebuche.

En torno a esta imagen se erige tempranamente una ermita que se convierte en foco de atracción religiosa y popular de más próximo territorio: los habitantes del contorno peregrinan una vez más, al santuario marismeño para venerar la «milagrosa imagen de María Santísima del Rocío», anualmente, «el día de la fiesta».

De la misma manera que la Virgen es la Blanca Paloma, todo el Rocío se convierte en una alegoría o trasunto de los más acendrados ideales de los hombres del Sur: para llegar hasta la ermita, enclavada desde tiempos remotos en un paraje solitario, se necesita «caminar» para acceder a él, esto es, convertirse en romero, que es recorrer, a través de un desbrozo anual de tierras vírgenes, un sendero iniciático que culminará en la visión y participación en el hecho esencial de la fiesta: el encuentro con el venero de donde emana una auténtica «mística», que en nuestro caso la conforman la ermita y la imagen de Nuestra Señora del Rocío, Reina de las Marismas.

Para poder participar plenamente en la romería y llegar a ser rociero, es necesario ser «consagrado» a través de todo un ritual apócrifo, que sólo se consigue al hacer el camino por vez primera. El camino es una de las etapas esenciales de la romería: sin efectuarlo, no hay posibilidad de ser romeros; sin entrar en comunión con la Naturaleza de Doñana, difícilmente se experimentará la catarsis que supone esta manifestación religiosa, tan cabalmente andaluza y primigenia; a este respecto, habría que decir que no están en lo cierto quienes creen que el Rocío no es una fiesta religiosa: justamente pensamos que la Romería del Rocío está en el extremo opuesto, esto es, es una manifestación de religiosidad popular tan intensa, que, precisamente por ello, caben en la fiesta toda una gama de expresiones religiosas específicas y particulares, dirigidas, eso sí, a la Virgen, que todo

→

EL ROCÍO, SURCO DE LUZ

Las carretas marchan hacia el Rocío, atraviesan kilómetros y kilómetros de paisaje andaluz movidas por el milagro de la fe, que, como todos los años, alimenta una de las más alegres, coloridas y emocionantes manifestaciones del fervor popular. La veneración que profesan a la Blanca Paloma impulsa a miles de peregrinos que en estos días desembocan en la ermita del Rocío formando verdaderas riadas humanas. Metáfora de la vida, rito fundido entrañablemente con la Naturaleza, el camino del Rocío, cuyas imágenes ha atrapado magistralmente la cámara de Ramón León, se configura como una catarsis religiosa de honda raíz andaluza y primigenia, fecunda muestra de la fe que el pueblo español profesa a Nuestra Señora

AL sur de España, en la Andalucía Occidental, cíclicamente y en primavera, se celebra la Romería del Rocío, coincidiendo con Pentecostés y, por tanto, como celebración movible, cada año. En estos días, esta fiesta religiosa ha puesto «en pie de romería» a toda Andalucía y muchas personas de otras zonas de España.

Una de las descripciones más líricas que se ha hecho de la entrañable romería sureña es la que realizó el moguereño Juan Ramón Jiménez en su *Elegía andaluza, Platero y yo*, en el capítulo titulado *El Rocío*, es un compendio profundamente poético de lo que esta fiesta conlleva en lo más hondo de su idiosincrasia: «... Vamos a esperar las carretas. Traen el rumor del lejano bosque de Doñana, el misterio del Pinar de las Ánimas, la frescura de Las Madres y de los Dos Fresnos, el olor de La Rocina...»

Este mismo olor de La Rocina es el que impregna todo el coto de Doñana, hoy Parque Nacional, en cuya linde occidental se encuentra enclavada la ermita de Nuestra Señora del Rocío, en el término municipal de Almonte (Huelva). El lugar de La Rocina, o El Rocío, merece visitarse por sí mismo, ya que encierra todo un verdadero paradigma de lo andaluz: cruce de caminos desde la antigüedad y centro de un eje atlántico de las actuales provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla, que sufrió las vicisitudes propias de la historia de Andalucía.

Así, pues, en este preciso lugar, afortunadamente todavía paradisíaco, crea el hombre del Sur, y, más en concreto, el hombre de las Marismas, una bella alegoría: la Blanca Pa-

→